ala delta

Seve CALLEJA

# SI TE MUERES, YA VERÁS ADÓNDE VAS



Cuando Aiala ingresa en el hospital, se pone muy contenta. Allí conoce a otros niños enfermos con los que formará una pandilla y correrá mil aventuras. Sin embargo, lo mejor de todo será su «estancia en el cielo».

Seve Calleja, profesor y estudioso de literatura infantil, ha recibido varios reconocimientos a su obra literaria. Experto narrador de historias para niños, ahonda con maestría y extraordinaria delicadeza en las emociones e inquietudes de sus personajes.

# Si te mueres, ya verás adónde vas

*A Peter Pan, a Wendy*
*y a los niños enfermos.*

# Índice de contenido

Cubierta

Si te mueres, ya verás adónde vas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

AIALA le estuvo doliendo mucho la tripa durante toda la mañana. Se puso pálida y se llevó las manos a la boca como cuando alguien quiere vomitar. Pero nadie se daba cuenta. En clase, todo el mundo estaba mirando al mapa que había dibujado en la pizarra. Así es que se levantó de su mesa y pidió permiso para salir.

—¿Adónde vas?

—Al retrete —intentó contestar sin que apenas se le entendiera lo que decía.

—Corre, sal corriendo —le indicó la seño, como a quien parece que tuviera diarrea.

Y Aiala, tapándose la boca con una mano y agarrándose la tripa con la otra, echó a correr por el pasillo.

—¿Adónde vas? —le preguntó el conserje, montado a caballo en una escalera en mitad del corredor.

Y, como Aiala cruzó por debajo sin responder, el conserje no se atrevió a decirle lo que debe decir cuando ve a alguien correr por el pasillo: que está prohibido. Porque seguramente adivinó que, esta vez, Aiala sí podía ir corriendo hasta los servicios. Por eso prefirió seguir montado en su escalera tratando de alcanzar hasta la lámpara.

Ya había pasado casi media hora y Aiala no había salido del baño, ni se oía el ruido de la cisterna ni el del rollo de papel. Media hora así es demasiado tiempo. Cuando en clase se dieran cuenta de que Aiala aún no había vuelto y estuvieran a punto de salir al recreo, el conserje tendría que forzar la puerta o trepar por encima con su escalera.

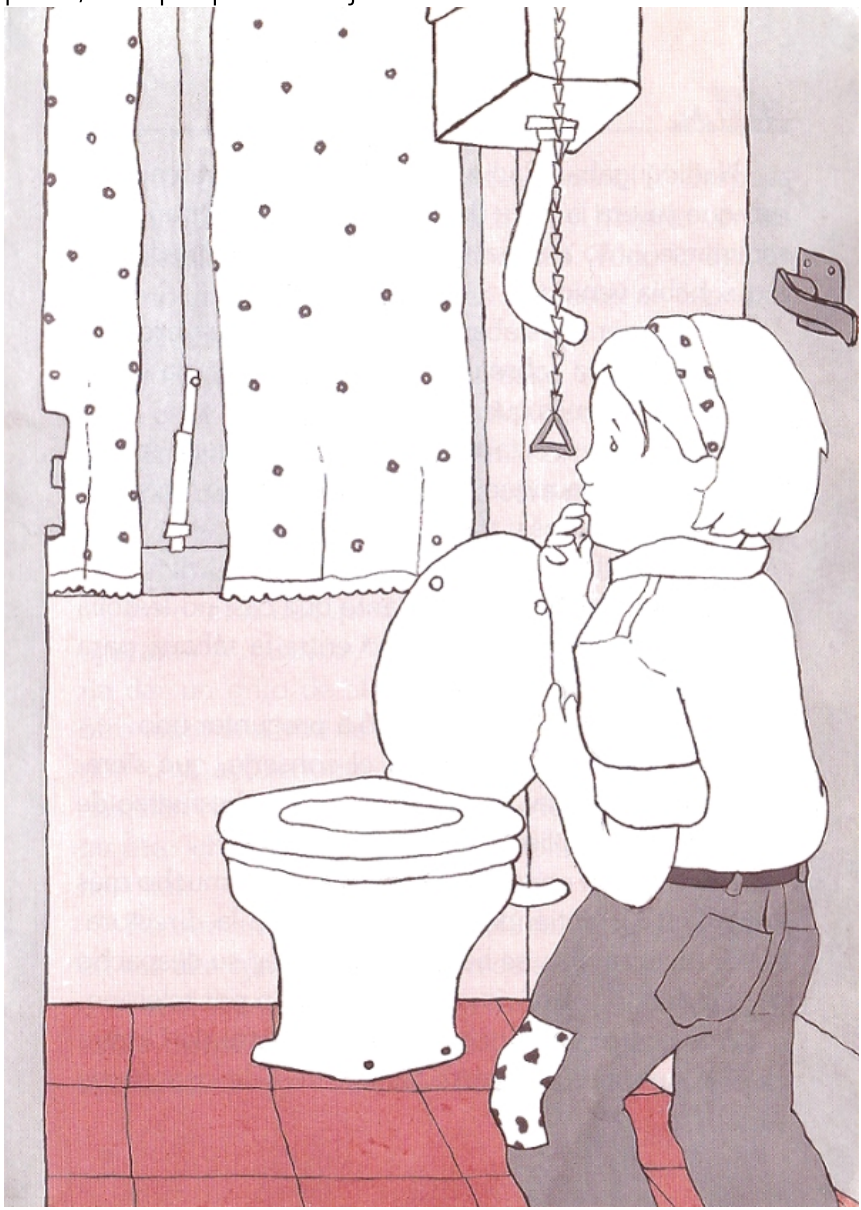
—A lo mejor se ha escondido a escribir en su cuaderno secreto —imaginaban unos.

No. Porque llevaba las dos manos ocupadas.

—A lo mejor se ha ido a su casa —pensaban otros.

Tampoco. Porque el conserje o la directora se lo habrían dicho a los de su clase para que nadie se preocupara.

–A lo mejor se ha muerto –soltó uno cuando, al salir al patio, vio que por la verja entraba una ambulancia.



Nadie jugaba. Nadie gritaba. Nadie correteaba. Y eso que ya era la hora del recreo. Todos querían arremolinarse

junto a aquel vehículo porque sospechaban a qué había venido.

Seguramente estaban todos tan callados porque la imagen de Aiala sobre una camilla que recorría el pasillo los asustó más que un muerto.

Pero Aiala no estaba muerta, como alguno imaginaba. Porque, aunque estaba pálida como una momia, movió los ojos y trató de sonreír.

—¡Dejad paso! —ordenó el conserje.

Aiala se sentía tan importante que casi no le dolía nada y quiso asomar una mano entre la sábana para decir adiós.

—¿Adónde vas? —se atrevió a preguntar uno.

—Al hospital —respondió el conserje, que siempre era tan servicial, y quería ahorrarle el esfuerzo de tener que dar explicaciones.

Además, un conserje en esos casos es mucho más importante y entiende mucho más que la directora, quien seguramente se habría quedado en su despacho para ir dando la noticia a todo el mundo por teléfono.

Aiala entró en el hospital por la puerta de Urgencias. Y, una vez allí, entre las cortinas de una ducha sin grifo, un médico la estuvo explorando. Y, después de apretarle bien fuerte en la tripa y hacerle ver las estrellas, le dijo que tenía apendicitis. Todo lo demás prefirió contárselo a sus padres, que estaban esperándolo al otro lado de la cortina.

No era grave lo que tenía Aiala. Y eso se notaba en la cara de sus padres, que, de vez en cuando, descorrían la cortina y le sonreían. En cambio, al verla salir de la ambulancia, tenían la cara más pálida que la suya.

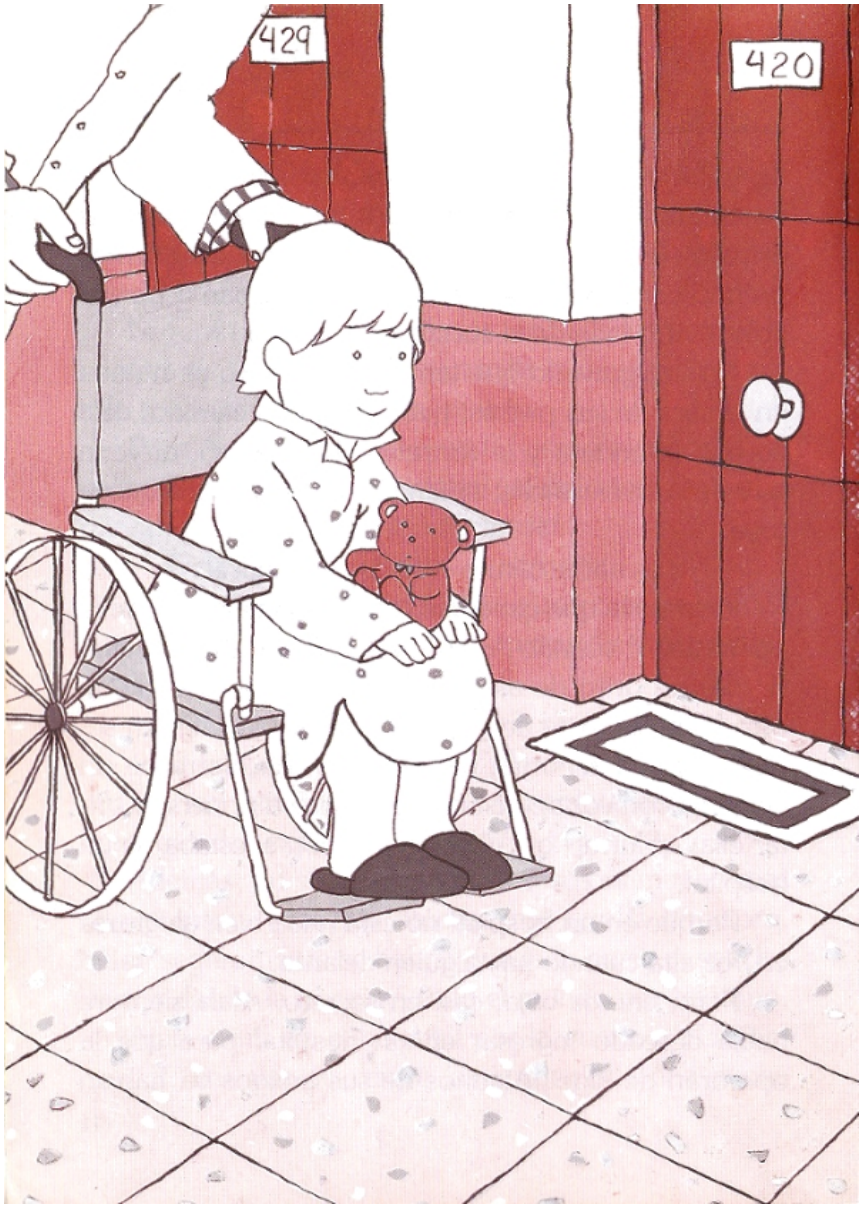
—No es nada, cariño —le dijo su madre.

Pero tenía que quedarse en el hospital para que la operaran. Y, cuando Aiala se enteró de la noticia, quería dar un grito de alegría. No se atrevió porque, al otro lado, una voz de gente mayor se quejaba en serio: «¡Ay, ay, se-

ñorita, ay!», y, más allá, berreaba un chiquitín con voz de tristeza. Cómo iba a ponerse a gritar ella: «¡Hurra!» o «¡Viva!» o «¡Yupi!», si estaba en un hospital.

Porque en un hospital no está nada bien alegrarse en voz alta cuando hay alguien delante.

Pero, en voz baja, casi en secreto, Aiala siempre había deseado ingresar en un hospital para que la operaran de algo. Algunos de sus amigos ya habían estado, y les habían regalado muchas chucherías y no habían pasado miedo por tener un cable pegado al brazo.




–Papá, ¿van a tener que pegarme con esparadrapo un cable en el brazo? –preguntaba impaciente, mientras un hombre vestido de conserje blanco conducía la silla de ruedas en la que Aiala se sentía como una reina, escoltada por su padre y por su madre, camino de la habitación 420.

—No, reina. No te preocupes.

«Qué rabia», tuvo ganas de responder, si no fuera porque en un hospital no se debe protestar por cosas así. Además, el cable en el brazo sólo lo llevan algunos. Eso no se puede elegir, ni los compañeros, ni la habitación.

La que le tocó a Aiala tenía tres camas. La del centro estaba ocupada por un chico y la suya era la más próxima a la ventana. La otra, la del fondo, estaba vacía.

—Hola —saludó la recién llegada mirando a la cama de en medio.

—Hola, preciosa —respondió una madre que había allí y que enseguida se puso a hablar de temas de mayores con sus padres.

Aiala supo que el chico se llamaba Ramón porque se lo había oído decir a aquella madre.

—Mira, Ramón, cielito, te han traído una compañera muy simpática.

Y ella, acomodada ya en su cama, sonreía continuamente para seguir pareciéndole simpática a aquella señora.

Aún no había tenido tiempo de conocer la historia de su compañero. Sólo sabía su nombre por casualidad. Pero en su cara de susto enseguida se adivinaba que estaba enfermo, porque, además, estaba amarillo y ya tenía puestos en los dos brazos unos cables que llegaban hasta unos frascos transparentes colgados de una barra, y una mascarilla que le cubría la nariz y la boca; también se le notaba porque en su mesilla había un jarrón de flores y, sobre todo, porque, mientras aquella madre les iba contando a sus padres lo que le ocurría, la mamá de Aiala, sin dejar de sonreírle, exclamaba a cada rato: «¡Pobre criatura!», y su padre se lamentaba: «¡Vaya, hombre!», o cosas parecidas.

A Aiala Ramón le pareció un chico muy amable. Aunque casi no hablaba, cuando se giraba hacia su cama, la saludaba moviendo las cejas, como diciéndole: «Luego charlaremos».

Y más tarde, cuando sus dos madres, que se habían quedado de guardia a pasar todo el día y la noche junto a sus camas, se quedaron un ratito dormidas, Ramón y Aiala pudieron conversar un buen rato, porque no tenían nada de sueño.

Así es como Aiala conoció toda la historia de su compañero de habitación. Lo más importante de todo era que tenían que cambiarle un riñón. Para eso había que abrirle un lado del abdomen, sacarle el riñón viejo y ponerle uno nuevo que le iban a regalar. También tenía infecciones y otras cosas.

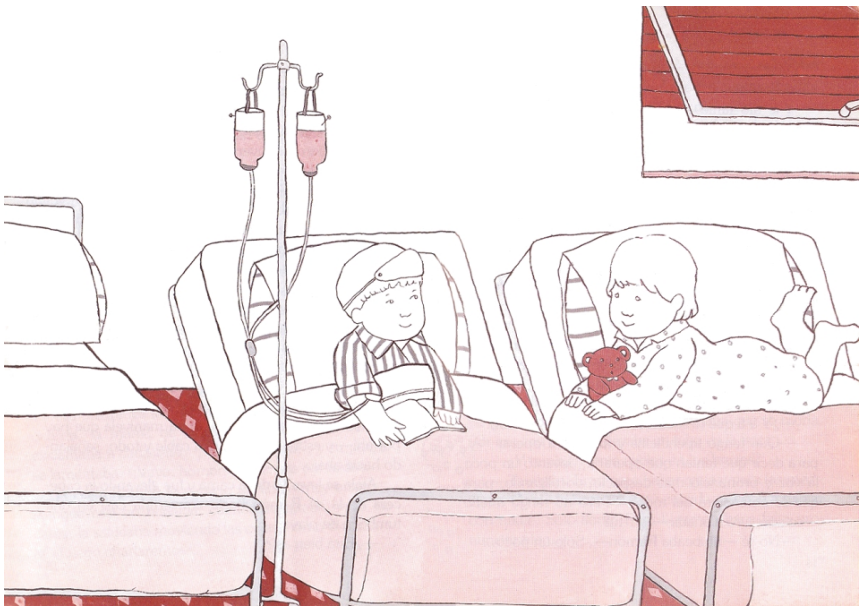
—¿Y tienes mucho miedo?

Ramón, cuando no lo veía nadie y quería hablar cómodamente, se apartaba la mascarilla de la boca y se la ponía en la frente, como unas gafas de esquiar, para que no le estorbase.

—Súbeme un poco la cama —le pidió a Aiala—. Mira, se hace dando vueltas a una manivela que hay por ahí —y estiró el brazo, con cable y todo, señalando hacia abajo.

Aiala se levantó de la cama y fue elevando la cabecera de la de Ramón hasta convertirla casi en una tumbona de playa.

—¿Está bien así?



–Sí. Así.

Y le dio tanta envidia que se agachó para dejar igual de alta la suya.

–Ahora parece que vamos en avión –comentó complacida.

–Yo no he montado nunca en un avión –intervino el chico–. Creo que me marearía si tuviera que ir volando entre las nubes.

Tampoco ella había viajado nunca en avión, aunque por el momento no pensaba confesárselo a su amigo.

–Yo sí –prefirió mentir–. Y he visto las estrellas. Y casi me mareo una vez.

No era una mentira del todo: marearse sí que se había mareado un poco aquella misma mañana en el retrete. Y, cuando luego le tocaron la tripa, casi vio las estrellas. Así es que sí que podía imaginar lo que se siente viajando en avión.

–¿Y a ti qué te sucede? –quiso saber Ramón.

–Que tengo apendicitis y me van a operar –y, para decir que tenían que operarla, levantó un poco la voz y pro-

nunció más despacio, vocalizando, para que se entendiera del todo–. Pero no tengo miedo –se apresuró a añadir–. ¿Y tú?

–No sé –titubeaba Ramón–. Sólo un poco…

Sí, sí que tenía miedo. Aiala se dio cuenta enseguida. Por eso prefirió cambiar de tema:

–¿Por qué llevas esos cables pegados en los brazos?

–No están pegados. Están clavados en la vena con una aguja.

–¿Y eso duele mucho?

–Un poquito… Bueno, sólo el pinchazo y cuando se mueve el brazo sin querer. Entonces sí que duele. No sabes cómo duele. Y cuando te cambian las agujas, mucho más. Y en sueños… Siempre duele.

Otra vez Aiala prefirió cambiar de tema:

–Oye, ¿quién duerme en aquella cama?

–Ahí dormía Clara, pero se ha ido.

–¿Adónde se ha ido? –quiso saber entonces.

–A lo mejor a otra habitación, o a Cuidados Intensivos. O a lo mejor a su casa. No sé.

Clara lloraba todas las noches. Se le olvidaba respirar y no podía dormirse porque soñaba que se moría. Por eso casi siempre llevaba un tubo en la boca.

–¿Y también tenía cables en los brazos?

–También. Eran para beber agua y para las medicinas. Como la boca estaba ocupada, no podía hablar con nadie. Sólo llorar. Para llorar no hace falta pronunciar bien.

Eso le contaba Ramón de Clara. Le dijo también que quizá al día siguiente, si iban a la sala de juegos, la encontraran allí con los demás enfermos. Y entonces Aiala preguntó por la sala de juegos.

–Sí, hay una sala de juegos a la que van los que pueden andar. Yo he estado una vez.

Allí había conocido él a sus amigos Lucas y Bollito. Lucas no tenía piernas porque había sufrido un accidente. Tenía que ir y venir a todas partes en una silla. Bueno, a lo

mejor sí tenía piernas, pero no sabía usarlas. Por eso iba tanto al gimnasio.

—¿Con colchonetas? —le interrumpió Aiala.

—Yo todavía no he ido nunca —respondió Ramón.

—¿Y Bollito?

Seguramente Bollito sí que había ido, porque vivía siempre en el hospital y recorría todos los rincones con su triciclo.

—¿Hay triciclos también? —quiso saber Aiala.

Entonces Ramón tuvo que contarle la historia de su amigo Bollito.

Era un chico que aún no conocía a sus padres porque nunca habían venido a visitarlo desde que nació. Y no tenía adónde ir. Además tenía la cabeza como una bamba de nata montada. Nació así. Y tenía que caminar de lado por el peso. Por eso usaba una silla de ruedas casi siempre, hasta que en Navidades le trajeron un triciclo para él solo.

Bollito tampoco podía hablar. La gente decía que no tenía lengua. Pero sí que sabía hacerse entender por señas. Y era bastante gamberro porque era el niño mimado del hospital.

—Creo que mañana no podré ir a la sala de juegos —dijo Aiala con cierta resignación—. Porque mañana me operan.

—Pues, cuando me quiten el suero, te acompaño —le prometió Ramón.

Aiala imaginó que, si le ponían cables en los brazos, tampoco podría ir al día siguiente. Pero, para agradecerle la invitación, le dijo: «Bueno».

Y todavía querían seguir hablando hasta que les entrara el sueño.

—¿A ti no te da miedo ir al quirófano? —le preguntó de pronto Ramón, que sí tenía miedo.

—No —repuso inmediatamente Aiala—. Cuando no duele, no. Mi madre me ha explicado que no se siente nada